

HIPATIA EN EL ÁGORA

Lena Cano Villanueva

Licenciada en historia

Hubo una mujer en Alejandría llamada Hipatia, hija del filósofo Teón, que consiguió tales logros en literatura y ciencia que sobrepasó a todos los filósofos de su propio tiempo. Habiéndose formado en las ideas de Platón y Plotino, explicaba los principios de la filosofía a sus oyentes, muchos de los cuales venían de muy lejos para recibir sus enseñanzas.

Como muestra del dominio de sí misma y la sencillez de maneras que adquirió como consecuencia de cultivar su mente, solía no poco frecuentemente aparecer en público frente a los magistrados. Nunca se sintió intimidada por acudir a una asamblea de hombres. A causa de su extraordinaria dignidad y virtud, todos los hombres la admiraban sobremanera. Cayó víctima de las intrigas políticas que en aquella época prevalecían. Como tenía frecuentes entrevistas con Orestes, fue proclamado calumniosamente que ella era la responsable de que Orestes no se entendiera con el obispo. Algunos de ellos, formando parte de una fiera y fanática turba cuyo líder era un tal Pedro, la vigilaron mientras regresaba a su casa. La sacaron de su carruaje y la arrastraron hasta la iglesia llamada Cesarión, donde la desnudaron y la asesinaron con fragmentos de cerámica. Después de descuartizarla, llevaron sus restos a un lugar llamado Cinaron, y allí los quemaron. Este asunto dejó caer el mayor de los oprobios, no sólo sobre Cirilo, sino sobre toda la iglesia de Alejandría. Y seguramente nada puede haber más lejos del espíritu cristiano que permitir masacres, luchas y hechos de este tipo. Esto sucedió en el mes de marzo durante la Cuaresma, en el cuarto año del episcopado de Cirilo, bajo el décimo consulado de Honorio y el sexto de Teodosio [año 415].

Sócrates Escolástico: *Historia Eclesiástica*. Libro VII, capítulo 15

Este texto, sólo unas décadas posterior a los hechos que narra, es probablemente la fuente que mejor resume la información que nos ha llegado sobre la vida y la muerte de

la pensadora alejandrina. Amenábar construye su gran fresco histórico acerca del final de una época, centrándolo en un personaje excepcional que generó a lo largo de los siglos una amplia bibliografía, cada vez más romántica y menos rigurosa, hasta llegar a convertirse tanto en icono de la defensa del conocimiento frente al fanatismo como en bandera de la dignidad de la mujer.

Pero ¿qué sabemos de la auténtica Hipatia? Las referencias de Sócrates Escolástico, Damascio y Hesiquio, las cartas que el obispo Sinesio de Cirene dirigió a su antigua maestra y los textos de la *Suda* (una gran enciclopedia bizantina del siglo x) constituyen las fuentes más destacables de nuestro conocimiento sobre ella.

Nacida en Alejandría a mediados del siglo iv,¹ Hipatia fue hija y discípula del astrónomo y filósofo Teón, a quien llegó a superar, según destacaron fuentes contemporáneas. Dedicó su vida al estudio y a la enseñanza y, aunque no se ha conservado ninguna de sus obras, sabemos que escribió sobre geometría, álgebra y astronomía, que mejoró el diseño de los astrolabios e inventó un hidrómetro, y que fue la reverenciada maestra de un selecto grupo de alumnos, tanto cristianos como paganos, muchos de los cuales acabaron convirtiéndose en personajes preeminentes, como el obispo Sinesio de Cirene quien, en su carta número 16, saluda a Hipatia como «madre, hermana y profesora, además de benefactora y todo cuanto sea honrado tanto de nombre como de hecho».

Resulta especialmente significativo que, en una sociedad patriarcal, una mujer pudiera llegar a convertirse en una figura tan prestigiosa que su condición sexual no parezca haber pesado, ni para bien ni para mal, en la consideración en que la tenían sus afines. En este sentido, el primer mérito corresponde a Teón, su padre, quien la educó en la ciencia y la filosofía como si hubiera nacido varón. Asimismo, es probable que la decisión de Hipatia de no contraer matrimonio se debiera, no tanto al carácter virginal que le atribuyen las fuentes, como a la voluntad de mantener su independencia.

De hecho, el especial énfasis que hacen las fuentes respecto a la castidad que Hipatia habría mantenido hasta su muerte no parece casual. Es una época que exalta las virtudes cristianas de vírgenes y mártires y las eleva a la santidad. Al igual que ellas, Hipatia habría vivido una vida casta y virtuosa y habría muerto mediante martirio. De este modo, se la asimilaba a estas figuras veneradas, limpiando su memoria de los rumores que dieron lugar a su muerte.

Las fuentes antiguas destacan también su ascetismo; la describen vistiendo el manto de los filósofos, ajena a todo tipo de adorno accesorio. Según Maria Dzielska,² autora del que sea probablemente el mejor estudio sobre la figura de la filósofa neoplatónica: «Al igual que Plotino, a Hipatia no le interesan bellezas que sean relativas: hermosas en un aspecto, feas en otros. [...] Sus alumnos tienen que desprenderse de lo ilusorio y secundario

¹ Sobre 355 o 370 d.C. según las fuentes. Es más probable que la fecha correcta sea la primera, por lo que su muerte se habría producido alrededor de los 60 años de edad.

² Dzielska, Maria: *Hipatia de Alejandría*. Ediciones Siruela, Biblioteca de Ensayo 29. Madrid, 2004.

del mundo captado a través de los sentidos. [...] Su joven alumno está tan acostumbrado [a éste] que Hipatia se siente obligada a aplicar una medida radical para conmocionar su voluntad, su razón y su sentido moral.»

Dzielska hace referencia a un suceso relatado por Damascio: la respuesta de Hipatia ante la declaración de amor de uno de sus alumnos será entregarle un paño con su sangre menstrual mientras le dirige las siguientes palabras: «Esto es lo que amas en realidad, jovencito, y no la belleza por sí misma». Damascio finaliza así su relato: «Al joven, la vergüenza y el asombro ante tan indecorosa presentación le provocaron una transformación espiritual». Para Hipatia, pues, hay que desprenderse de lo superficial para poder alcanzar la virtud³ mediante la filosofía.

Acerca de su influencia política no parece haber dudas. Aunque en *Ágora* Orestes es el protagonista de la anécdota anterior y, por lo tanto, antiguo alumno de Hipatia, sólo está documentado que la conocía desde su llegada a Alejandría como prefecto de Egipto, dignidad que alcanzó tras su bautismo, por lo que ya la conoció siendo cristiano. Todo parece indicar que mantuvieron una relación estrecha: Orestes comenzó a asistir a las conferencias de Hipatia con asiduidad, al tiempo que buscaba su asesoramiento en los asuntos del gobierno. De hecho, Damascio afirma que hay una semejanza entre la Alejandría de esa época con la Atenas del siglo v a.C., en la cual los políticos solían visitar a los filósofos para ser aconsejados sobre cuestiones de Estado.

Así pues, Hipatia no tenía reparos en relacionarse con aquellos que ya habían abrazado la fe cristiana, aunque se negó a hacerlo ella misma a pesar de los consejos de sus allegados. Tampoco profesaba culto alguno a los antiguos dioses, dado que para ella eran meras representaciones de la tradición y la cultura clásica a la que pertenecía, y a las que valoraba en tanto tales.

No obstante, lo más común en aquella época era la toma de posición en un sentido u otro. Existía una tensa relación entre los que mantenían el culto de los dioses ancestrales, las diferentes ramas en las que había derivado el cristianismo y un importante núcleo judío. Sucesivos acontecimientos fueron decantando el precario equilibrio hacia el predominio de la fe cristiana.

En 380, los emperadores Graciano y Teodosio habían promulgado el Edicto de Tesalónica, definiendo e imponiendo la doctrina cristiana a seguir, y provocando la reacción tanto de los paganos como de las diferentes ramas del cristianismo que se veían oficialmente consideradas como herejías a erradicar. Ello provocó, durante las décadas siguientes, numerosas disputas entre distintas facciones cristianas que llegaron en ocasiones a la violencia. Por su parte, aquellos que no habían abrazado el cristianismo se convirtieron en objeto de fuertes presiones. Muchos de ellos cedieron y acabaron aceptando el bautismo.

³ La *areté* griega, aunque solemos traducirla como «virtud», tiene un significado mayor: la excelencia o perfección a la que se debe aspirar mediante la observancia de cualidades cívicas, morales e intelectuales, como la templanza, la prudencia, la inteligencia, la fortaleza o la justicia.

En 391, Teófilo, patriarca de Alejandría, obtuvo del emperador Teodosio una orden para demoler los templos paganos de su ciudad, entre ellos el Serapeo, cuya biblioteca se consideraba como la heredera de una de las siete maravillas del mundo antiguo: la gran Biblioteca de Alejandría. Este hecho provocó que muchos paganos se atrincheraran en el templo y, desde él, realizaran incursiones contra los cristianos que sitiaban el recinto. El emperador acabaría redactando un edicto por el que ordenaba a los paganos que abandonaran el templo, proclamaba mártires a los cristianos muertos y entregaba el Serapeo a la Iglesia.

En aquellos años, Alejandría bullía de facciones –paganos, judíos, cristianos ortodoxos y cristianos recién considerados herejes y que, por sí mismos, formaban grupúsculos aislados– y cualquier provocación podía prender la mecha. Era una época en la que la civilización clásica estaba en franca decadencia y se producía una lucha entre las diferentes facciones para conseguir que su visión del mundo prevaleciera sobre las demás.

El conflicto existente entre el poder civil y el religioso se alimentaba de lo que sucedía en las calles. Orestes informó al emperador de las acciones desestabilizadoras de Cirilo, llegando a solicitarle su destierro. Este hecho, clave para el devenir de los futuros acontecimientos, tuvo su origen en las graves provocaciones que judíos y seguidores de Cirilo se dirigían unos a otros, dando lugar a violentos disturbios que causaron muchas muertes en ambos bandos. La victoria final fue del obispo, quien condujo al barrio judío a una multitud a la que incitó a saquearlo y a expulsar a sus habitantes de la ciudad.

No se conoce la respuesta del emperador, pero sí que Cirilo, animado por miembros moderados de la comunidad cristiana, trató de congraciarse con Orestes, como representante del poder civil, empeño en el que no tuvo éxito. Unos quinientos monjes procedentes del desierto acudieron entonces a Alejandría para ponerse al servicio del obispo, una nueva turba de fanáticos que empeoraron todavía más la convulsa situación de la ciudad.

Un día, dichos monjes se encontraron con Orestes en la calle y se abalanzaron sobre su carruaje, insultándole y acusándole de paganismo e idolatría. El prefecto les respondió que era cristiano, pero entonces uno de los monjes llamado Amonio hirió a Orestes de una pedrada en la cabeza. Amonio fue capturado y sentenciado a muerte. Cirilo hizo enterrar su cadáver en una iglesia otorgándole honores de mártir, lo que provocó la ruptura definitiva entre el patriarca y el prefecto imperial.

A raíz de estos acontecimientos, la propagación de los rumores sobre la responsabilidad de Hipatia en el desacuerdo entre Orestes y Cirilo acabó dando lugar a su asesinato. Todo parece indicar que, de entre el apoyo que el prefecto recibía de la elite social y política de la ciudad, el más destacado fue el de Hipatia, quien gozaba además de la más alta estima entre sus miembros. Ésta, aunque se relacionaba por igual con paganos y cristianos y su filosofía se basaba en el neoplatonismo, que otorgaba una gran importancia a la espiritualidad, se mostraba partidaria de que el poder político se mantuviera desligado de la religión. Las intrigas que se tejieron a su alrededor tenían, pues, el objetivo de inducir a un asesinato político que desestabilizara a sus oponentes.

Los rumores que los partidarios de Cirilo hicieron circular atribuían la influencia de Hipatia sobre Orestes a la hechicería: sus estudios matemáticos y astronómicos fueron interpretados como magia negra. Se mostraba a la filósofa, pues, como una bruja. Este mensaje provocó entre los alejandrinos la clase de temor que conduce a la violencia. Bien es cierto que Hipatia tuvo una considerable influencia política pero, a causa de su origen social y la índole de sus estudios, se mantuvo ajena al pueblo llano; es natural que para ellos fuera una figura lejana que no podía ganarse sus simpatías. La estrategia de sus enemigos hizo fácil el paso de la indiferencia al temor y al odio.⁴

Casi todas las fuentes antiguas atribuyen la inducción del crimen al propio Cirilo. Fuera o no responsable, los beneficios que recibió tras el asesinato fueron notables: Orestes desaparece de las crónicas y Cirilo consigue la posición que deseaba en Alejandría. Aunque algunos altos funcionarios próximos a Hipatia intentan apelar al emperador para que castigue el crimen, pasará más de un año hasta que se emita un decreto que reorganiza la sociedad de los presuntos responsables: los parabolanos.⁵ Por su parte, Cirilo siguió siendo el patriarca de Alejandría hasta su muerte, siendo posteriormente santificado y proclamado, en una fecha tan tardía como 1882, doctor de la Iglesia por el Papa León XIII.

Con estos mimbres, Amenábar teje su obra sobre el final de la Antigüedad Clásica. Quien haya leído hasta aquí y conozca la película habrá advertido el buen trabajo de documentación en el que se basa la trama, aunque obviamente hay numerosas licencias. Algunas tienen sentido por las propias necesidades de la narración, como por ejemplo hacer de Orestes el alumno enamorado, pero otras son discutibles, como la actitud irrespetuosa de Sinesio hacia su maestra cerca del final, cuando en realidad él murió antes que ella y a lo largo de toda su vida le manifestó una gran devoción. Sin embargo, en esta escena Hipatia pronuncia una frase que resume muy bien la vieja dicotomía entre ciencia y fe: «Tú no cuestionas lo que crees. No puedes... Yo debo».

Amenábar confesó que su idea original era realizar una película sobre astronomía. Durante la búsqueda del personaje sobre el que centraría su historia barajó los nombres de varios científicos ilustres como Copérnico, Galileo o Einstein, hasta acabar llegando a Hipatia y a la Alejandría tardorromana.

⁴ No fue la primera vez, ni la última, que una turba de exaltados alejandrinos cometían un crimen. El obispo arriano Jorge, en 361, y el obispo Proterio, en 457, fueron asesinados y, al igual que Hipatia, sus cuerpos arrastrados por toda la ciudad para ser posteriormente quemados. Sócrates Escolástico, Hesiquio y otras fuentes antiguas manifiestan su incapacidad para comprender la propensión de los habitantes de Alejandría hacia la violencia y el crimen.

⁵ Colectivo vinculado a la Iglesia de Alejandría cuya tarea era recoger a los enfermos, discapacitados y vagabundos de la ciudad y conducirlos a los hospitales o casas de beneficencia. Pero también sirvieron al patriarca como brazo militar. Dice Dzielska: «La mayoría son ignorantes y sin educación, pero obedientes a sus jefes eclesiásticos; exaltados y propensos a la manipulación y a la provocación, responden con violencia a los estados de ánimo de la población de Alejandría en 414 y 415. Son ellos quienes constituyen el núcleo de las masas eclesiásticas descritas por Sócrates, quienes manipulan al populacho de Alejandría y quienes avivan la campaña contra Hipatia.»

Es por ello que la astronomía constituye un hilo conductor a lo largo de toda la historia. Se inicia con un plano desde el espacio que va acercándose a la Tierra, mientras escuchamos la voz de Hipatia departiendo sobre las estrellas, hasta introducirse en la estancia donde está con sus alumnos, momento en el cual la vemos hablar sobre la perfección del círculo en relación con las órbitas de los cuerpos celestes. Asimismo, la historia acabará cerrándose metafóricamente de forma circular: el último plano de *Ágora* será la cámara alejándose del suelo hasta acabar viendo la esfera terrestre desde el espacio.

Este recurso estilístico será utilizado de modo recurrente a lo largo de la narración. Especialmente impresionante y significativa será la escena en la que la muchedumbre cristiana toma posesión del Serapeo. Un plano cenital ascendente y acelerado nos muestra cómo los hombres, vestidos de negro, adquieren el aspecto de hormigas. La sugerencia es obvia: ¿qué importancia tienen los afanes y pasiones de los hombres para el lento devenir de un Universo indiferente?

Un nuevo plano desde el espacio hasta Alejandría abrirá la segunda parte de la narración: Orestes es prefecto, Cirilo obispo y las antiguas estancias del Serapeo donde se hallaba antaño la biblioteca son ahora establos para animales. La situación entre el poder civil y el religioso es cada vez más tensa; en las calles se suceden las algaradas y los enfrentamientos entre judíos y cristianos.

A medida que los acontecimientos se precipitan, Hipatia se mostrará más y más obsesionada en resolver el enigma astronómico que plantean los planetas errantes, hallando en la elipse una respuesta que no se alcanzaría hasta la formulación de la Primera Ley de Kepler, más de mil años después.

Amenábar se permite, pues, la mayor licencia de toda la narración al atribuirle dicho descubrimiento, algo ni remotamente sugerido por la historiografía. Sin embargo, este añadido produce el efecto de especular sobre los hallazgos que tanto ella como otros podrían haber realizado si en el nuevo mundo que se estaba forjando hubiera habido lugar para el pensamiento científico.

Pero en *Ágora* hay otras licencias argumentales que sirven para dotar a la narración de un significado mayor con el objetivo de plasmar el final de una época. En este sentido debe entenderse el personaje ficticio de Davo, un esclavo de notable capacidad intelectual perteneciente a la familia de Hipatia. Ella es amable y muestra aprecio a sus servidores, pero con ocasión de una discusión entre dos alumnos, Hipatia afirma: «las peleas son para el vulgo y los esclavos». Pronuncia esta sentencia después de haber mostrado a sus discípulos un modelo astronómico confeccionado por Davo a partir de las hipótesis de Ptolomeo. Más adelante, cuando los cristianos están a punto de tomar posesión del Serapeo, aquellos que aún no han huido se afanan en rescatar todos los libros que puedan. Davo busca a Hipatia, pero es requerido por un notable y no puede hacer nada más que obedecerle. Cuando por fin puede acudir al encuentro de su ama, una exasperada Hipatia le reclama: «¿Por qué los esclavos nunca están cuando se les necesita?», y añade: «¡Idiota!» Así, la presencia de dicho

personaje incide en otro aspecto fundamental: aunque muchos notables se adhirieron a la religión oficial por conveniencia, el cristianismo era más proclive a calar entre el pueblo llano y los esclavos a causa de su mensaje igualitario y redentor, por el cual cada hombre sería juzgado por sí mismo, sin privilegios de clase. A Davo, apasionado y brillante, le dolerán los menosprecios hasta el punto de renunciar a sus inquietudes de conocimiento, uniéndose, después de destruir su modelo astronómico, a aquellos entre los cuales nunca más será considerado inferior. En este sentido, tiene una especial relevancia la escena en la que Amonio induce a un Davo que aún no ha abrazado el cristianismo a repartir entre mendigos ancianos el pan que le lleva a su amo Teón. La proximidad de los parabolanos a los desfavorecidos contrasta con la inaccesibilidad de Hipatia.

Por último, la presencia de este personaje de ficción, que se nos muestra desde el principio enamorado de la filósofa, servirá a los fines narrativos para modificar el modo en que su muerte fue descrita por las fuentes antiguas, haciéndola más soportable para el espectador, al tiempo que la violencia ejercida sobre el cuerpo ya muerto de Hipatia establece un paralelismo con los actuales integrismos que siguen empleando la lapidación. De este modo vuelve a quedar patente que el mensaje existente en *Ágora* contra la ignorancia y la barbarie se dirige hacia los diversos fanatismos en general.

Algunos críticos hablaron de maniqueísmo ante las primeras imágenes de Hipatia y sus alumnos, que aparecen vestidos de blanco, mientras que los cristianos visten con túnicas negras. Es cierto que no parece una coincidencia, pero varios de los alumnos son fieles bautizados en la fe cristiana, por lo que, en realidad, el blanco simbolizaría tanto la luz del conocimiento como la tolerancia religiosa, y el negro las tinieblas de la ignorancia y el fanatismo excluyente.

La historia de Hipatia sigue siendo un tema sensible. Además del furibundo rechazo que suscitó la película entre algunos sectores, en muchos casos sin haberla visto previamente, la productora tuvo dificultades para encontrar distribuidor en Estados Unidos e Italia, y fue censurada en Egipto a petición de la iglesia copta. Es sorprendente que, mil seiscientos años después, todavía haya polémica entre los que tratan de ocultar una historia que «dejó caer el mayor de los oprobios, no sólo sobre Cirilo, sino sobre toda la Iglesia de Alejandría», según el contemporáneo –y cristiano– Sócrates Escolástico, y aquellos que han convertido a Hipatia en símbolo y bandera del conocimiento, el laicismo y los derechos de la mujer.

Un personaje tan complejo y fascinante nunca antes había sido llevado al cine, aunque autores de renombre como Voltaire, Edward Gibbon o Leconte de Lisle, entre muchos otros, habían contribuido a iniciar la leyenda que ha llegado hasta nuestros días. La obra de Amenábar constituye, pues, una excelente ocasión de dar a conocer al gran público una parte de la Historia, aunque de forma no del todo fidedigna, que permite considerar temas de tanta trascendencia como la ciencia, la fe o el peligro de los fanatismos, sobre un escenario en el que una civilización milenaria se extingue, y a través del relato de la vida y la muerte de Hipatia de Alejandría, «madre, hermana y profesora, además de benefactora y todo cuanto sea honrado tanto de nombre como de hecho».